

Mas adelante representando estas medidas de beneficencia como un suave lenitivo para templar las penas del gobierno y gustar en medio de ellas un sueño dulce y placentero, sigue de esta suerte:

En él vereis mis niños inocentes,  
Príncipe, alguna vez en su asqueroso  
Pálido horror de fetidez cubiertos,  
Quebrando el pecho en su gemir doliente,  
Solo en andrajos míseros envueltos,  
Sin pan, ni abrigo, oprobio vergonzoso  
Del ser humano y de la pátria afrenta,  
Que por sus hijos ¡ó dolor! los cuenta.  
Y en torno luego, de ignominia tanta  
Redimidos por vos, en el semblante  
El vivaz gozo y la salud radiante,  
Triscando alegres con ligera planta.  
O al obrador llevados por la santa  
Humanidad, del templo, en su contino  
Preciado afan enriqueciendo el suelo,  
*Que su tumba infeliz sin vos seria,*  
Bendecir gratos el dichoso dia  
En que á su voz os condoleis benigno  
Trocando en tanto bien su amargo duelo.  
Hoy para un nuevo ser, de vuestra mano  
En faz alegre y oficioso anhelo  
La pátria en su regazo los recibe.  
Hoy gozosa en sus fastos los escribe  
De vuestro zelo generoso, humano,  
Señor, por hijos: ¡O feliz si viera  
Cumplirse un dia favorable cuanto  
La fama anuncia, y la razon espera!

## CAPITULO XLIV.

Artes liberales y bellas letras. — Direccion que fué dada á los altos pensamientos filosóficos, religiosos, morales y políticos. — Poetas y oradores ilustres del reinado de Cárlos IV. — Concurrencia de literatos y escritores en todo género. — Libertad juiciosa de que gozaron. — Providencia y abundancia de maestros y de buenos libros.

Los gobiernos no pueden nada para mejorar la suerte de los pueblos sin que la opinion de estos mismos favorezca su impulso, sin que las almas sientan algo que las mueva, y levanten su vista á las regiones donde alcanzan sus alas; sin que excitadas sus potencias por impresiones fuertes y agradables, salgan de la modorra en que las hunden las tinieblas, y en vez de los ensueños y fantasmas de la noche, vean y toquen las realidades de los bienes á la luz del cielo. En verdad que las glorias de mi pátria fueron un motivo poderoso para partir mis atenciones entre el estruendo de la guerra y los concertos y prestigios de las nueve hermanas; otro empero muy mas grande acompañaba mis designios. No eran solo hojas y flores las que yo buscaba, sino mucho mas el fruto. Erigir los ánimos, ennoblecerlos, ensancharlos y dar cuerda á los talentos, preparando los dias de una feliz renovacion cuando es-

tuviesen ya maduras las ideas y las costumbres, tal fué el principal objeto que yo tuve en fomentar las nobles y las bellas letras. Otros las han buscado y protegido para enervar los pueblos y asegurar el mando y el dominio: yo las busqué, al contrario, como un medio de vivificarlos, de volverles su robustez y afirmar el gobierno, procurándole, en vez de siervos, ciudadanos, súbditos ilustrados, como yo deseaba y menester habia la España, que con lealtad reflexionada (la sola que sea cierta) le sirviesen, le amasen y ayudáran en las tareas del bien que no se logra sin el concurso de ambas partes. Del reinado anterior quedaban elementos provechosos mas ó menos desenvueltos, y mas ó menos contrariados por la pugna que ofrecieron las circunstancias de aquel tiempo. Cuando entré al ministerio el soplo del solano habia agostado muchas plantas. Yo les dí nueva vida, el plantel fué aumentado; los vientos enemigos no volvieron á yermarlo mientras tuve el mando. Nunca (puedo decirlo sin que nadie me contradiga) nunca, antes ó despues, disfrutaron las musas mas favor y patrocinio que entonces encontraron. Nada les fué vedado en la esfera propia suya de lo bello y de lo justo: religion, filosofía, política, costumbres, todo les fué dejado como objeto propio de ellas para hermosearlo, para hacer amar las ciencias, para dar paso á las verdades, para engendrar virtudes nuevas. El cincel, la pantómetra, el buril, los pinceles y las cítaras del Parna-

so trabajaron de acuerdo para llevar los ánimos al amor de lo grande y al amor de la pátria. Bajo esta condicion no hubo tasa en mi tiempo á los ingenios: hubo libertad, hubo fausto, hubo grandeza, hubo emulacion, competencia, y en muchas cosas triunfo y adelantos sobre los dias antiguos y gloriosos de la España.

No quedó por mí que las nobles artes comenzadas á restaurarse en el reinado antecedente, no saliesen todas de su nueva infancia. Mi título de protector de la real academia no fué una vanidad, sino un cargo que acepté con la ambicion y el ansia de llenarle. La academia halló en mí un sócio que iba delante de sus votos; los artistas que existian dentro y fuera de ella, mas que protector me encontraron un amigo oficioso; sus discípulos me miraron como un padre. Mi principal cuidado fué procurarles buenas medras en honor é intereses, multiplicar los medios y prodigar auxilios para el estudio de estas artes dentro y fuera del reino, estimular el gusto de ellas en las clases altas y opulentas de quienes penden mayormente sus cumplidos galardones (1), y propagarle á las medianas con produc-

---

(1) Cárlos IV en la primera visita con que en julio de 1794 se dignó honrar á la academia, acompañado de la reina, de las infantas doña María Amalia y doña María Luisa, del infante don Antonio y del príncipe de Par-



tos del arte que costasen poco y estuviesen al alcance de todas las fortunas. A los principios mismos de la guerra, por el año de 1793, se estableció y dotó la biblioteca que faltaba á la academia: libros, estampas y dibujos, cuanto poseia de este género, fué ofrecido al estudio y al comun dominio. Siendo la pintura y la escultura las que mas atraso habian sufrido cuando decayó el gusto de ellas (1), para

---

ma, le ofreció en don obras suyas dibujadas de su mano con otras varias de la reina. «Estos ócios nuestros, dijo á la academia, valen poco; pero el tributo que pagamos en ellos al honor y al cultivo de las nobles artes, quedándose aquí expuestos, servirá de impulso á los que pueden y me aman, para hacer venir otros mejores y llenar estos muros con las obras de sus hijos y de los artistas que protejan.»

(1) La decadencia de las nobles artes coincidió en España con la depravacion total de las letras humanas en el postrer reinado de la dinastía austriaca. Las guerras de Felipe V no dejaron lugar á la restauracion de las obras del ingenio, y aun el reinado mismo de Fernando VI, en que gozó la España larga paz, vió apenas el vislumbre de la nueva aurora que debia alumbrarlas. Contaré solo un dato de aquel tiempo por el cual podrá juzgarse la dolorosa suerte que llegó á padecer entre nosotros el arte divino de Zeuxis y de Apeles. La influencia poderosa que la corte francesa tuvo entre nosotros al establecerse la nueva dinastía, produjo en la capital del reino, y de allí en las provincias, una grande alteracion en las modas y en los gustos nacionales. Arruinadas casi enteramente nuestras crias y nuestras fábricas de seda (culpa en mucha parte de las miras interesadas del ministro Orri en favor

extender por todo el reino, á beneficio de las artes, los modelos que faltaban de las grandes escuelas extranjeras y de las propias nuestras, y para dar ocupacion y ejercicio provechoso á los artistas á quienes faltase empleo, acudí especialmente al auxilio del dibujo y del grabado, tomadas mis medidas de tal suerte que las manos no bastaban á las largas obras que fuéron emprendidas. La calografía real,

---

de su pátria), fueron puestas en boga las estofas de Lyon, y entre ellas invadieron nuestros salones y gabinetes las ricas colgaduras de aquella capital que medró tanto á expensas nuestras. La manía de estos nuevos estrados al gusto de la Francia, desterró de los salones el adorno de los cuadros antiguos donde abundaban tantas obras de nuestros grandes pintores, casi sin aprecio por entonces. Estos cuadros se descolgaron y pusieron como hacinas en las piezas destinadas á los muebles inútiles. No cabiendo ya, y estorbando estas vejeces, que como tales se miraban, se hicieron almonedas públicas donde se vendian á vil precio. Una de ellas (cosa increíble pero cierta) se estableció en el rastro. Tanta fué la abundancia de los cuadros, y tan corto el número de compradores, que las pinturas mismas históricas y mitológicas llegaron á venderse contando las cabezas ó figuras, y estimándolas grandes con pequeñas á real de á ocho cada una. Don Juan Pacheco, portugués de nacion, page que fué del rey Fernando VI, me contó que comprando de esta suerte, habia formado su preciosa galería. Don Bernardo Iriarte formó del mismo modo la afamada suya, cuyos postreros restos ha comprado en París con mucha estima S. A. R. el príncipe real de Wurtemberg. Mientras sucedian estas cosas el rey Fernando VI estableció la academia de las nobles artes

que encontré casi del todo ociosa, fué puesta en nueva marcha sin perdonar ningun dispendio. Para obligarla mas, inspiré, protegí y ayudé otras empresas que compitieran con las suyas. El grabado llegó por este medio á un punto de adelanto que jamás habia tenido; los artistas y aficionados vieron realizado el medio de poseer á poco gasto mil tesoros ignorados ó escondidos. He aquí en breve una reseña de las obras que se emprendieron, las unas empezadas en los años anteriores, pero mal seguidas por falta de socorros; otras del todo nuevas,

---

que llevó su nombre; mas la mejora y los progresos fueron lentos: estas artes no lo son la obra de un corto número de años, mucho menos si hay que luchar con la pereza y con un gusto corrompido. En el reinado mismo de Cárlos III, la presencia de un Mengs, el Rafael de la Alemania, que ilustró á España cerca de doce años, no alcanzó á volvernos los dias grandes de nuestros célebres maestros. Tuvo quien le imitase ó trabajase al menos para seguir sus huellas, pero Mengs no dejó escuela ni en España ni en ninguna parte: tal vez hubo indolencia para sacar partido de su estancia entre nosotros. Como quiera que fuese, los artistas que nos quedaron de su tiempo y alcanzaron los dias de Cárlos IV, vieron tambien los dias de su fortuna. La carrera de las bellas artes, de mercenaria, pobre y celebrada por estériles canciones como se hallaba poco antes, se volvió en poco tiempo, sobre honrosa lucrativa. Si quedó todavía mas ó menos que desear en cuanto al progreso en algunos ramos de ellas, no fué por falta, ni por miseria, ni por culpa del gobierno.

dirigidas todas ellas, no tan solo á los progresos de las artes, mas tambien al fomento de las ideas sublimes religiosas y políticas, y al recuerdo y al entusiasmo de nuestras glorias nacionales:

Coleccion de retratos de varones ilustres de España con su biografía.

Otra coleccion igual de los reyes de España.

La de los trages del Ticiano, aumentada con respecto á España.

La de trages de España de todas las provincias en los tiempos modernos.

La de los de las demas naciones modernas, arreglada á la edicion del *Viagero universal*.

La de estampas de la Biblia, rica fuente de pensamientos religiosos é históricos, para empeñar el genio de los artistas escogidos que se ocuparon en esta vasta empresa.

La iconología, nueva fuente de motivos y de ideas morales en el género alegórico.

La coleccion de estampas del antiguo, poseidas por la academia.

La de los mejores cuadros de los reales palacios, obra dirigida á favorecer en todo el reino el estudio de los grandes modelos nacionales y extranjeros, y á extender la noticia y la gloria de la antigua escuela española, poco ó nada conocida en lo mas de la Europa. Repartióse esta empresa entre artistas nacionales y franceses, no porque faltasen para desempeñarla artistas españoles, sino para excitar la



emulacion de parte de estos y comparar las fuerzas de las dos naciones en el ramo del grabado. Esta viva emulacion nos valió algunos triunfos en aquella época.

Otra coleccion en fin de modelos arquitectónicos, abrazando toda suerte de edificios, construcciones y adornos, desde la cabaña hasta el palacio; templos, galerías, pórticos, teatros, mausoleos, jardines, fortalezas, cuanto habia mas preferente en cada género, antiguo y moderno, nacional y extranjero.

Estas tareas no fueron solamente un servicio á las artes; el buril sirvió á las ciencias igualmente. Enriquecido como fué el depósito hidrográfico, rectificadas los trabajos que habia hechos, y aumentados cada dia con las cartas, planos, vistas, derroteros y escalas náuticas que formaban los marinos nuestros, destinados á este objeto sobre todos los mares, no quise yo que estos tesoros se quedasen encerrados al alcance de unos pocos. Todo fué dado á luz y hecho comun por este medio á precios los mas cómodos. Estas grandes publicaciones fuéron recibidas con aprecio general en los dos mundos, y la Europa sábia les tributó alabanzas bajo los dos respectos de la ciencia y el arte. Otros trabajos de este género, á que despues logré dar cima, hacia yo preparar antes de dejar el ministerio. Tal fué el atlas ó coleccion de cartas esféricas pertenecientes á un curso nuevo de geografía antigua y moderna, en

que con otros sábios empezó á trabajar el malogrado Antillon, y tal fué el proyecto de un viaje histórico y pintoresco de la España, que mi amor de sus glorias y mi teson constante en promoverlas consiguió mas tarde ver cumplido. Yo hablaré de él mas largamente en la segunda época: cuanto refiero ahora pertenece solo á los seis primeros años de mi mando.

¡Ojalá los tiempos y los escasos medios con que podia contarse en aquel trecho me hubieran permitido hallar y costear grandes maestros de las bellas artes con que enriquecer mi pátria; mas los apuros del erario y la situacion turbulenta de la Europa pusieron coto á mis deseos. No por esto se atrasó nada ni quedó estacionario en la carrera de las artes. Con lo que habia en nuestra casa se hizo todo lo que fué hecho. Si en el ramo de la pintura los artistas españoles de aquel tiempo no formaron una nueva escuela con que disputar la gloria á los antiguos, trabajaron por prepararla; y en algunos renglones, en el dibujo y el grabado mayormente, faltó muy poco que pedirles. Dignos fueron por muchos títulos del comun aprecio, y lo tuvieron don Francisco Goya, don Fernando Selma, don Juan Salvador Carmona, don José Lopez Enguídanos, don Francisco Bayeu, don Vicente Lopez, don Antonio Carnicero, don Manuel Carmona, don Manuel Rodriguez, don Mariano Pio Rivero, don Luis Paret, el célebre Maella y el estudioso

Echevarría (1). Dignos fueron tambien otros muchos que se distinguieron por rasgos especiales de talento, de buen gusto y de pericia, tales como Acuña, Alegre, Ballester, Barcelon, Blanco, Boix, Bonnet, Brandi, Bruneti, Camaron, Capilla, Carbonell, Cobo, Esquivel, Esteve, Fabregat, Fonseca, Galvez, Gamborino, Gascó, Grollier, Jimeno, Latasa, Maca, Maer, Marti, Mas, Miranda, Moreno-Tejada, Muntaner, Navia, Pascual, Peleguer, Prades, Pro, doña Isabel Ramirez, Ramos, Ribelles, Rico, Riscos, los dos Vazquez, Ugena y otros mil que salian de la academia cada año á llevar el gusto del dibujo, de la pintura y el grabado á las provincias de España y de la América. No hubo capital ni en la una ni en la otra que no hubiese adquirido profesores y que careciese de enseñanza de las nobles artes. Despues de tantos años, escribiendo en tierra extraña y sin tener mas registros que mis estériles recuerdos, siento no poder dar á muchos los elogios que merecen, ni referir todos los hombres que adquirieron alguna gloria. Ellos sí, los que han sobrevivido á los trabajos de la patria, ellos podrán contar lo que se escapa á mi memoria, y ellos podrán decir cual fué aquel tiempo para todos los amigos de las bellas artes.

---

(1) Este buen artista es menos conocido en España que lo fué en Méjico, donde tuvo la direccion de la academia real de las nobles artes, titulada de San Carlos.

En cuanto á la arquitectura y la escultura, la restauracion fué completa. El gobierno se empeñó firmemente en vedar toda obra cuyos planes y modelos no se sujetasen préviamente á la inspeccion de la académiá, y no se podia poner mano en ellas sin el título de arquitecto, bien ganado y merecido, ó en Madrid ó en Valencia. Esta disposicion, mantenida con rigor inflexible, no fué una tiranía ni un monopolio: fué la salvacion del arte, y un premio dado á los talentos y al estudio clásico. El mal gusto y la irregularidad se habian arraigado en este género de una manera escandalosa. Se buscaba lo maravilloso y lo raro, y se daba en lo monstruoso y lo ridículo. Sometido todo á la académiá sin contemplacion con nadie, se acabaron de repente en todo el reino los disparates, los mamarrachos y las plastas en cuya presencia se sentian quejar nuestros antiguos monumentos. Desde aquella época todo fué regular en construcciones y en adornos: muchas iglesias y edificios públicos de aquel tiempo lo volvieron á unir con los siglos felices de las artes. De los arquitectos y escultores que brillaron por entonces é influyeron mas en la restauracion de estos ramos, que comenzó Carlos III y prosiguió Carlos IV, nombraré los siguientes: Don Santos Angel de Ochandategui, don Francisco Alejo de Aranguren; don Manuel Rodriguez, predilecto discípulo del famoso don Ventura, que propagó su escuela; don Francisco Sabatini, don Alfonso Giraldo, don



Manuel de la Peña, Villanueva, Arnal, Lopez Freire, Martinez de la Torre, Asensio, Quintillan, y el insigne escultor Adam, que tan feliz en ingenio y ejecucion, como diestro y celoso en la enseñanza, llenó la España de discípulos en las mas de sus provincias.

¿No diré yo tambien alguna cosa de la música? ¿Hay alguno que ignore la mejora que fué buscada y conseguida en los teatros; la elevacion, la dignidad, la grandeza y el tono religioso que tomó en las iglesias; la aficion y el cultivo de este arte y de esta lengua de los ángeles, que se extendió por todo el reino? Yo la necesitaba bien en mis largos proyectos de cultura y de reformas útiles. Premios, empleos, prebendas y pensiones me valieron tambien buenos músicos: estos medios son omnipotentes para suscitar ingenios. He aquí algunos nombres distinguidos de aquel tiempo: don Francisco Javier García (mas conocido por el sobrenombre del *Españoleto*), racionero y maestro de la Seu de Zaragoza; don Francisco Gutierrez, capellan del rey; don Felix Lopez y don José Lidón, maestros de la real capilla; Marchal, músico del rey; don Bernardo Perez, maestro de la catedral de Osma; don Vicente Palacios, de la de Granada; don Ramon Garay, de la de Jaen; Fr. Joaquin Asiain, Fr. Miguel García, y tantos otros de un talento reconocido, Abrece, Abreu, Calvo-Rodriguez, Coma-Puig, Ferrandiere, Laserna, Montoro, Moretti, Musat, Vidal, etc., sin dejar en

olvido las dos compositoras que lucieron en aquel tiempo, doña María de los Mártires García Quintana, y doña María del Cármen Hurtado. Esta última, Sevillana, cuando empezó á componer tenia apenas doce años: todos los inteligentes y maestros le encontraron un gran gusto de eleccion en los motivos, una invencion fecunda, y una finura deliciosa en los *Ensayos músicos* que empezó esta niña á publicar á la edad de quince años. Cuando via yo propagarse de este modo el amor de la gloria, extenderse la instruccion y el cultivo de las ciencias y las artes entre todas las clases, erigirse espontáneamente en todo el reino círculos y academias para cultivarlas, brotar por todas partes los ingenios y talentos, y acudir al socorro y á las miras del gobierno escritores auxiliares para todo lo grande, para todo lo útil, para todo lo deleitable, lloraba yo de gozo algunas veces y me sentia embriagado. A los que me decian que temiese tantas luces y talentos que nacia y se aumentaban de cabo á cabo de la España, les respondia como Moisés en otro tiempo: *¡Oh! quien me diera que en Israel todos profetizasen!*

Mientras tanto, no teniendo por bastante animar y acumular los talentos sin afianzar su herencia para los tiempos venideros, porque esta ascension nueva de las luces y el buen gusto no fuese un meteoro que pudiera apagarse por las reacciones de los tiempos, al esmero y á la extension de la enseñanza procuré añadir los seguros de la imprenta. Yo roga-

ba, yo importunaba, yo exigia que se escribiese mucho. De las obras clásicas en todos ramos, nacionales ó extranjeras que corrian entre nosotros, cuanto habia mas importante, si era visto que escaseában, promoví sus reimpresiones. De las que nos faltaban, las pedia originales, ó á falta de esto, traducidas, á los que podian cumplirlo. Yo hice ya mencion de una multitud de escritores y artistas que secundaron mis deseos con respecto á las ciencias físicas, á la medicina, á la economía política, á la agricultura, á la industria y á diferentes otros ramos de instruccion popular. Con mayor brevedad haré ahora una reseña de las obras que se añadieron en obsequio de las bellas artes.

En cuanto á estas, y especialmente la arquitectura y la pintura, abundaban los buenos libros, si bien algunos de ellos olvidados, que la solitud de la académiá y de las sociedades económicas volvió á poner en boga. En mi tiempo se añadió la reimpression de dos obras importantes, casi desconocidas por lo raras que se habian hecho, á saber: los *Comentarios de pintura*, de nuestro Guevara, anotados por el abate Pons; y los *Diez libros de arquitectura*, de Leon Bautista Alberti, puestos en castellano. Nos faltaban los cuatro libros de la *Arquitectura civil*, de Andres Paladio. Cárlos III habia hecho traducir á Vitruvio y comentarlo: Cárlos IV mandó otro tanto, sin perdonar ningun gasto, con respecto á Paladio, y de su órden lo tradujo y comentó igual-

mente su bibliotecario don José Ortiz y Sanz. A estas publicaciones se añadió el *Diccionario de las nobles artes*, de don Diego Rejon. Los arquitectos don Fausto Martinez de la Torre y don José Asensio trajeron y publicaron el célebre *Tratado de los córtes canteriles ó arte de la montea*, de Simonin. Don Pedro García de la Huerta dió al público sus *Comentarios de la pintura encáustica del pincel*, cuya impresion fué hecha y costeadada por la imprenta real (1). Por el mismo tiempo don José Lopez Enghuidanos trabajaba su *Cartilla de principios de dibujo*, que dió á luz por cuadernos sucesivos; y don Antonio Echeverria y Godoy, por encargo especial mio, traducia, del aleman Lavater, los *Elementos anatómicos de osteología y miología para el uso de pintores y escultores*.

La música no fue olvidada: he aquí algunas de las obras que se publicaron en aquella época:

---

(1) Esta obra nos hacia tanto mas honor, quanto la restauracion de la pintura quemada ó encáustica con las ceras, cuyo método se habia perdido, se debió al estudio y experiencias de nuestros compatricios. Don Pedro García de la Huerta fué uno de los que mas contribuyeron á este precioso descubrimiento del abate Requeno, y el que tomó á su cargo explicar menudamente el método griego de pintar con las ceras, aclarando los pasages oscuros de la antigüedad, y añadiendo sus particulares observaciones. Por tal medio, demostrado todo el proceder del arte, restituyó á las producciones de la pintura el modo cierto de preservarlas de su caducidad y hacerlas durar siglos.

*Del origen y de las reglas de la música, con la historia de sus progresos, decadencia y restauracion,* escrita en italiano por el abate español *Eximeno*, y traducida al castellano por el estimable maestro don Francisco Gutierrez, capellan del rey. Esta obra se costeó y publicó por la imprenta real.

*Las Instituciones elementales de música para el uso de los niños*, por don Bernardo Perez, maestro de la catedral de Osma.

*Los Elementos generales de la música y su aplicacion á la guitarra de seis órdenes*, de don Federico Moretti.

Los cuadernos de composicion y demas opúsculos de Abreu, los de Vidal, los de Lopez, etc., etc.

Por aquel mismo tiempo, don Gabriel Gomez, librero del rey, auxiliado por el gobierno, abrió una industria nueva entre nosotros, estableciendo una imprenta para grabar todo género de música sobre planchas de estaño, al estilo de la Inglaterra. Los resultados de ella se encontraron superiores, á lo menos por entonces, á los del grabado de Francia y Alemania.

La solicitud del gobierno se extendió, en fin, á promover dentro del reino la construccion de toda suerte de instrumentos que nos venian del extranjero. Conocida fué en Madrid la fábrica y escuela de instrumentos neumáticos que en la calle de las Infantas estableció el Aleman don Luis Rolland, bajo la proteccion y con favores especiales del gobierno.

De la misma disfrutó largamente la fábrica de fortespianos de don Cirilo Cros, establecida en Cartagena y dirigida por don José Agwera. Construidos á la inglesa, se encontraron que competian con los mejores que nos venian de Inglaterra. Este ramo de industria se extendió despues con igual éxito en Madrid y en varias capitales. La atencion y el impulso del gobierno estaba en todas partes para todo género de objetos.

Sigue ahora hablar de la poesía y de la elocuencia. Poco ó nada tuvo que envidiar el reinado de Carlos IV á los tiempos felices que en entrambos ramos compusieron nuestra edad de oro. La restauracion de estas dos artes, que con tantas contradicciones y tan penosamente fué empezada y proseguida en los dos reinados anteriores, se cumplió enteramente en los dias de Carlos IV. Básteme poner aquí esta lista tan gloriosa para España: don Juan Melendez Valdes, don Manuel José Quintana, don Leandro Fernandez Moratin, don Nicasio Alvarez Cienfuegos, don José Antonio Conde, don Juan Pablo Forner, el conde de Noroña, don Antonio Ranz de Romanillos, don Antero Benito Nuñez (1), don Juan Bautista Arriaza, don José y don Bernabé Canga Argüelles (2), don Francisco Patricio de Berguizas (3).

---

(1) Mas conocido con el nombre de *Amato Benedicto*.

(2) Traductores de Anacreonte y Safo.

(3) Traductor de Pindaro, y elocuentísimo prosador.

don Francisco Gregorio Salas, don Tomás Gonzalez Carvajal (1), don Manuel Arjona, don Juan Mauri, don Joaquin Lorenzo Villanueva, don José Vargas y Ponce, don Joaquin García Domenech, don Diego Clemencin, don José Clavijo y Fajardo, el padre Aquino del orden de los mínimos, don José Mor de Fuentes, don Pablo Jerica, don Manuel Silvela, don Felix María Reinoso, el autor anónimo de la *Oda á la beneficencia*, y otros mas, que, escapados de mi memoria, perdonarán si no los nombro. Los que dejo estampados los he puesto al caso; que ni me toca á mí, ni es mi intencion clasificarlos. Solo diré que en lo superior, en lo bueno y lo mediano que ofreció el siglo XVI y la mitad primera del siguiente, el reinado de Carlos IV ha ofrecido competidores en todos estos grados. La posteridad, juez mas imparcial que los contemporáneos, decidirá mejor que nosotros si en aquella edad hubo alguno que sobrepujase á nuestro Melendez ó á nuestro Quintana. Fr. Luis de Leon, Garcilaso y Herrera (aunque no siempre), y Francisco Rioja, les podrán disputar algunos rasgos en el soberano artificio de su ritmo, pero no del todo en el estro, no en la grandiosidad de sentimientos y de ideas, no en la magnífica filoso-

---

(1) Cuando leo su traduccion de los salmos, me parece mas bien un libro original, y pienso algunas veces que participó alguna cosa de las inspiraciones celestiales de los autores sagrados.

fía que desplegaron estos, no en la variedad tampoco ni en la valentía de los diversos rumbos que siguieron. Yo no leo á Melendez sin sentir como una especie de bálsamo divino que me penetra, me deleita y me conforta alma y cuerpo. Yo no leo á Quintana sin parecerme que el brazo de algun Hércules con alas me arrebatara en pos suyo, aquí á la soledad y al dolor, allí á las cimas de los montes á tronar contra las tiranías y los errores de la tierra, acullá al campo del honor á apellidar la guerra y la victoria, aquí en medio de una córte á sellar de eterna infamia la corrupcion y la perfidia. Al que me proponga la *Noche serena* ó la *Oda á Felipe Ruiz*, por Fr. Luis de Leon, yo le responderé con la *Presencia de Dios* del divinísimo Melendez: al que citaré la *Batalla de Lepanto* por Herrera, con su estilo sagrado, yo le opondré la de Melendez *contra el fanatismo*, y añadiré tambien su oda hebráica intitulada *Prosperidad aparente de los malos*. En cuanto á Quintana, á mi modo de percibir, me atreveré á afirmar que ningun vate ni antiguo ni moderno ha escrito cosa alguna que respectivamente en aquel género se pueda comparar con su oda á *la invencion de la imprenta*. Llámenle algunos duro si quisieren porque es nervioso y desdeña los afeites; mas la España tardará en contar otro lírico semejante en el ímpetu de sus ideas, en la manera varonil de sentir las y explicarlas, y en los trozos fuertes de ritmo natural que se encuentran en sus obras.



Sea de esto lo que fuere, dado que yo me engañe, una cosa sí es cierta, y es que al menos á la edad gloriosa de la poesía y la elocuencia castellana no hay otra que oponerle en competencia hasta ahora sino la edad de Cárlos IV. Nuestra lengua, si es posible que una lengua viva se fije enteramente, recibió en aquel reinado esta ventaja. La prosa castellana cercenó tal vez alguna cosa de la pompa latina que le dieron nuestros grandes clásicos del siglo XVI; pero sin desmentir en ella nuestra lengua el tipo augusto de su madre, lo que perdió en la gala, muchas veces empréstada y redundante, del estilo, lo ganó en claridad, en soltura, en concision y en lógica. Sin detenerme á hablar de un Jovellanos, de un Azara, de un Clavijo Fajardo, un Campomanes, un Gándara y otros varios que ilustraron dos reinados, citaré en favor de esto á un Villanueva, á un Forner, otra vez á un Quintana, á un Hervas, un Montengon, y sobre muchos otros á un Capmany, al cual no sé yo quien pueda compararse ni competir con él, del siglo XVI, en la ciencia, en el gusto y en el finísimo manejo de la lengua castellana. Cuanto ofreció la prosa de aquel tiempo de mas bello, de mas castizo, de mas noble, mas florido y mas rítmico, otro tanto y mas se encuentra y se ve mejorado con docta sobriedad en su *Filosofía de la elocuencia* (1). Y porque no se diga que del todo fué dejada

---

(1) Para conocer en todo su valor el mérito de esta

ó que se vió impracticable la manera propia y rigurosa de aquel siglo, citaré á nuestro Vargas Ponce en su *Elogio de don Alonso el Sábio*, y á Berguizas, sobre todo, en su admirable traduccion del Aleman Stanihursto (1). Tal vez pecó Berguizas por exceso de adorno y de grandeza en esta obra; pero en ella se vió tambien que la lengua española todavía era capaz de añadir alguna cosa á su soberbia frase y á sus acentos divinales.

Y á propósito de elocuencia, ¿cuál fué el tiempo en España, sino el de Cárlos IV, que decidió enteramente la reforma de nuestro púlpito? Los oradores evangélicos en las clases elevadas del clero, y trás de ellos hasta los frailes mas oscuros, abrazaron por todas partes la reforma que empujó tan diestramente el insigne padre Isla, y á la cual en mi tiempo se puso el complemento, reservando los favores del gobierno y las mejores plazas eclesiásti-

obra y hacer mas seguro este juicio, conviene leer la edicion corregida y aumentada que entregó Capmany á lord Holland y publicó éste en Lóndres, si no me engaño, por el año de 1811.

(1) El título de esta obra, menos conocida de lo que merece, es este: *Dios inmortal padeciendo en carne mortal*. Berguizas encontró en ella largo campo para lucir el poderío de nuestra lengua. El exceso de las antítesis que se encuentran en ella pertenece al alemán; pero estas antítesis casi siempre son magníficas. La destreza y la gala con que las usó Berguizas hacen perdonar su abundancia.

cas á los que trabajaban en esta gran mejora de nuestra cátedra sagrada. Fueron estos tantos que no alcanza mi memoria á numerarlos todos despues de tanto tiempo. Citaré algunos para muestra, al padre Santander, al sapientísimo Tavira, al humanísimo y doctísimo Cabrera (1), al eruditísimo Amat, al ejemplar y áustero Quevedo, de Orense; el padre Aquino, el padre Salvador, el dominicano García, el agustiniano Lasala, el padre Traggia, el padre Sanchez Sobrino, Abad Queipo, Vejarano, el abad Cueto del Monte Santo de Granada, el abad de Baza Navarro, Alvarez y los dos Centenos de la misma iglesia, el sábio Banqueri, Posadas (2), Prieto Moreno, Florez, Ruiz Roman, Eguileta, etc., etc. La multitud de sermones de gran mérito que se pronunciaban por todas partes en España, hizo tentar, bajo el impulso del gobierno, la nueva empresa de una coleccion de estos sermones escogidos, unos que andaban sueltos, otros guardados por la modestia de sus autores y escondidos en sus carpetas. Todos

---

(1) Don Francisco Javier, obispo de Avila, y uno de los maestros que por mi iniciativa fueron dados al príncipe de Asturias. Yo habia conocido y venerado, desde niño, á aquel excelente eclesiástico, y él grabó en mi alma, desde muy temprano, la áficion á las ciencias, el respeto á la religion y el amor de la pátria.

(2) Don Antonio Posadas, canónigo de San Isidro, obispo de Cartagena, perseguido indignamente en la reaccion de 1823 y 1824.

fueron invitados á enviar obras de esta clase, que serían impresas sin costarles nada. Esto fué en 1796. ¡Qué nacion de Europa entre las vecinas de la Francia pudo entonces atender á las letras y á las ciencias como atendió España en aquel tiempo!

Y con esto no he referido todavía la multitud de escritores que en tercera, cuarta ó quinta línea se atarearon por prestarse y concurrir al movimiento y al progreso de las bellas letras, y á extender el gusto de ellas, cuando menos por su ejemplo y sus esfuerzos (1). Lo excelente, lo bueno, lo media-

---

(1) No á todos eran dables las coronas que merecieron un Melendez, un Quintana, un Moratin, etc. Hubo empero algunos que merecen siquiera una mencion honrosa, como don José Ibañez de la Rentería, don Luis Repiso Hurtado, don Ignacio de Meras Queipo del Llano, don Miguel García Asensio, etc. Entre los dramáticos de aquel tiempo hubo tambien algunos que sirvieron de transicion á la reforma de nuestro teatro. Y en verdad los autores de melodramas ó comedias sentimentales que tuvieron mas ó menos boga por entonces, trabajaron no sin fruto, para desterrar los absurdos, las insulseces, y lo que importaba no menos á la moral que al arte, las torpezas que habian manchado nuestra poesía dramática. No se llegaba á la perfeccion de una sola tirada, ni hay muchos Molières ni muchos Moratines en un siglo. He aquí un motivo razonable para que no desdeñe yo citar en este sitio algunos nombres tales que Rodriguez de Arellano, Zavala, Comella, el marqués de Palacios, etc. Con mayor razon alabaré la concurrencia de algunas damas castellanas, que en aquellos dias favorables á las musas, les presentaron sus ofrendas, y ofrendas estimables, cuales fueron, entre

no y aun lo ínfimo que vió la luz en aquel tiempo fué un tributo, si se puede decir así, de oro, plata cobre y talco que una infinidad de aspirantes al honor de enriquecer su pátria presentaron al comun tesoro. Esta concurrencia servia mucho, lo primero, por excitar ingenios y emularlos; lo segundo, para distinguir lo bueno y excelente y fundar la sana crítica. Algunos deseaban (porque á la filosofía y las letras se las ve tambien adolecer de intolerancia)

---

muchas que se escapan de mi memoria, *La muerte de Abel* que acomodó á nuestro teatro, no sin novedad y con buen arte, doña Magdalena Fernandez; y las composiciones líricas y dramáticas con que aumentó nuestro Parnaso doña María Rosa Galvez, aplaudida largamente en los teatros, y estimada otro tanto y alentada por nuestros literatos de aquel tiempo. Otras hubo que si no pudieron ó no osaron poetizar, escribieron ó tradujeron útilmente. He aquí tres de que aun me acuerdo: 1.<sup>a</sup> doña Ana Muñoz, traductora de las *Conversaciones de Emilia*, por madama de Espinay, obra moral de educacion, vertida en muchas lenguas, que aun faltaba en la nuestra; 2.<sup>a</sup> la marquesa de Tolosa, que trajo y me dedicó el *Tratado* (francés) *de educacion para la nobleza*, obra muy estimada por la santidad, la pureza y la humanidad de sus máximas y preceptos; 3.<sup>a</sup> doña Inés Joyes y Blake, traductora de la novela inglesa intitulada *El Principe de Abisinia*, á que añadió original una *apologia de las mugeres* escrita con talento y con maestría. Estas tres obras fueron publicadas desde el año de 1796 al de 1798, época fecunda y señalada de toda suerte de buenos libros y de buenos escritores.

que se pudiese un freno á algunos traductores y poetastros que lastimaban nuestra lengua. Yo tambien me lastimaba de este daño; «¿mas para im-  
» pedirlo (les decia á los quejosos), deberá añá-  
» dirse entre nosotros una inquisicion literaria? Los  
» libros buenos quedarán; los demas morirán en  
» el olvido: mientras tanto, los fabricantes de pa-  
» pel, los impresores y libreros habrán hecho su ga-  
» nancia.»

Todavía, para precaver contra la ignorancia y el mal gusto á la nueva generacion que se forma-  
ba, auxiliado por mis amigos (que tales eran sin excepcion cuantos al amor de la pátria añadian el de las letras, las artes y las ciencias), hice tomar medidas ciertas y seguras para el estudio y la ense-  
ñanza. La primera de todas fué multiplicar los ejem-  
plares de los autores clásicos, griegos, latinos y es-  
pañoles. De todo los que no abundaban se hicieron reimpressiones; lo que no alcanzaban ó no hacian las empresas particulares de los libreros editores, lo hacia la imprenta real que en mi tiempo nunca es-  
tuvo ociosa. Conocida y estimada es todavía la exce-  
lente edicion de las obras completas de Ciceron dada por la imprenta real en 1797 (1); conocida igual-

---

(1) Esta rica publicacion, en catorce volúmenes, la primera de las obras completas de aquel príncipe de la elocuencia que se hubiese hecho en España hasta entonces, contenia ademas su vida, los índices de Ernesti, un apén-

mente la segunda edicion de las obras de Xenofonte traducidas del griego por el secretario Diego Gracian, aumentado en ella el texto griego; conocidas las nuevas ediciones que se hicieron de la traduccion de Cornelio Tácito y Velejo Paterculo por el sábio y elocuente hispano-portugues Manuel Sueiro; la del mismo Cornelio Tácito, sus *Anales é Historias*, por don Cárlos Coloma; y la *Vida de Julio Agrícola* y las *Costumbres germánicas* por Alamos Barrientos (1); la de los *Comentarios* de Julio Cesar

---

dice de don Nicolás Hortensio *De re frumentaria Romanorum*, el tratado *De academia* de Pedro de Valencia, el de Olivet *De theologia græcánica*, y otros muchos comentarios para ilustracion del texto. Adornábanla ademas muchos retratos de varones romanos, y al frente de lo obra se encontraba el de Cárlos IV protector augusto de esta empresa. El encargado de ella fué el abate don Juan Melon, digno muchas veces de citarse siempre que se trata de las faenas literarias y científicas de aquel tiempo. Sin mi amistad y el poder que yo gozaba entonces, no hubiera dado cima á ésta ni á las demas tareas sábias y prolijas que se pusieron á su cargo. Los enemigos de las luces le habian hecho fulminar un proceso sobre opiniones de escuela, bordadas de mil chismes, en que estuvo á pique de que le hubiesen encerrado y podrido en un convento. Yo le salvé como á tantos otros sábios y literatos de mi tiempo.

(1) Los empresarios de esta obra merecieron al gobierno gracias y favores especiales correspondientes á la perfeccion que le dieron, añadiendo el texto latino, el *Opúsculo de oradores* nuevamente traducido, con las lecciones variantes, el índice de latinidad, prólogos, vidas del

que trabajó don Manuel Valbuena con el texto latino al frente, dada á luz en la imprenta real; la de los *Oficios* de Ciceron, con los *Diálogos de la vejez*, los *de la Amistad*, las *Paradojas* y el *Sueño de Escipion* por el mismo Valbuena; la de los *Pensamientos originales* de M. Fabio Quintiliano por don Juan Antonio Gonzalez, autor de la gramática greco-latina y castellana; la de las *Fábulas de Febro* y *Sentencias de Publio Siro*, por el mismo Gonzalez; todo esto, y mucho mas que aquí omito por no hacerme mas molesto, sin contar la coleccion selecta de los padres de las escuelas pias que se refundió enteramente con esmerado acierto, ni el curso de humanidades hispano-greco-latino que emprendió con aplauso general el excelente profesor don Cayetano Sixto García. De autores clásicos españoles, tanto en prosa como en verso, no quedó ni uno solo que no se reimprimiese en aquella misma época.

A esta grande abundancia de los libros clásicos, cuidó el gobierno de añadir buenos libros de enseñanza y buenos métodos, convidando á este fin y estimulando á los literatos y filólogos que podian darlos. Los deseos del gobierno fueron correspondidos dignamente. El plan de estudios razonado que

---

autor y traductores, notas críticas y filológicas del estilo, etc. etc. Pocos libros han salido tan completos de nuestras imprentas. Su publicacion fué en 1797.



presentó García, nombrado poco antes, mereció la aprobacion y preferencia del consejo. Extendido por toda España y sus Américas, produjo en todas partes los mas felices resultados: muchos de los que hoy brillan estudiaron por su método. Por el propio tiempo don Agustin García de Arrieta y don José Munarriz daban sus traducciones, el primero del *Curso razonado de bellas letras*, de Bateux; el segundo, de las *Lecciones de retórica y bellas letras*, de Blair, una y otra traduccion con aplicaciones á nuestra lengua. Los padres esculapios publicaban tambien su *Arte* y su *Retórica* del padre Hornero. El célebre Capmany preparaba entre tanto sus dos obras originales, el *Teatro de la elocuencia y la Filosofía de la elocuencia*.

Los estudios reales de San Isidro, por lo tocante á lenguas sábias, tuvieron por maestros, Flores Canseco, de la griega; don Tomas Arteta, de la hebrea; don Miguel García Asensio, de la arábiga. En las provincias se llevó á rigor la enseñanza del hebreo y el griego, y se proveyeron maestros para todas las universidades de primero y segundo orden. Nadie podia obtener ninguna cátedra, en cualquier género que fuese, sin saber el griego. Faltaba todavía la enseñanza combinada del árabe sábio y el vulgar. Yo obtuve orden del rey para pensionar sugetos instruidos que fuesen á estudiar este último. Uno de ellos fué don Manuel Vacas que lo estudió en Marruecos, y despues me dedicó su *Compendio gra-*

*matal y concordia del árabe antiguo y del árabe moderno.*

De las lenguas modernas tuve igual cuidado, de la francesa, la italiana, la alemana y la inglesa. Capmany trabajaba su excelente diccionario del francés al español servicio grande, importantísimo, que fué hecho á la lengua castellana. Faltaba un diccionario bien completo y trabajado de la inglesa: de orden real le dieron los estimables religiosos Fr. Tomas Connelly y Fr. Tomas Higgiens, del ingles al castellano y al inglés de éste. Estos mismos escribieron la gramática inglesa y castellana. En la revision de nuestro diccionario trabajaba siempre la academia. Aguardaba yo tambien el trabajo magnífico que hacia el doctor don Pedro Alvarez, dignidad de Baza, de un diccionario razonado, filosófico y analítico de la lengua castellana. Yo ví algunos trozos admirables de esta obra: los destinos no han querido que se logre (1).

---

(1) Este benemérito eclesiástico, tio del conde de Heredia y Ofalia, tenia casi concluida esta importantísima obra á fines de 1807. Desgraciadamente perdió algunos tomos de su manuscrito en un saqueo que hicieron en su casa las tropas francesas. Con paciencia sin igual volvió á trabajar y repuso aquella falta. Despues he tenido la pena de saber que, siendo diputado en las córtes de 1822, volvió á perder su obra (y entonces toda entera) en el tumulto de Sevilla de 1823 á las orillas del Guadalquivir. Otra pérdida semejante he oido yo contar de otro diccionario de don Bartolomé Gallardo en el mismo lugar y en el mismo tumulto.

Para completar estas ventajas que buscaba yo en los estudios de las bellas letras, persuadido, como siempre estuve, de que el buen gusto dependia del buen juicio, promoví con empeño y con teson los ideológicos, concernientes al artificio de las lenguas y á la sana dialéctica. A Dios gracias, me bastó quererlo, de una parte sostenido por el buen monarca que regia la España, de la otra por los literatos y los sábios que llenaban mi casa á toda hora y excitaban mi apetito. Don José Miguel Alea, por encargo especial mio, trabajó la *Coleccion española de las obras gramaticales de Dumarsais*, dispuesta en forma conveniente para la enseñanza, y para direccion de los maestros, obra eminentemente filosófica y aplicada especialmente á nuestra lengua. Alea me dedicó esta obra.

Don Santos Diez Gonzalez y don Manuel Valbuena tradujeron de real orden la *Lógica* de Cesar Baldinoti.

El marques de Santiago, don José Magallon, dió al público los *Elementos del arte de pensar* de Borelli, catedrático de elocuencia en el séminario de nobles de la córte de Berlin.

Don Cipriano Gonzalez publicó sus *Fundamentos lógicos de todas las lenguas*, contraidos especialmente á la española y la latina.

Otros: de cuyos nombres no me acuerdo, dieron, uno la *Ortopeya universal*, otro los *Elementos de las lenguas* aplicados á toda suerte de lenguaje,

incluso el de la música instrumental, de que hoy mismo en París se ha comenzado á hacer ensayos como cosa nueva.

La *Dialéctica* de Eximeno fué tambien publicada de orden real, año de 1796; verdadero tratado de ideología propiamente dicha, que encerraba cuanto antiguos y modernos enseñaron mas escogido, con los nombres de dialéctica, cosmología, sicología, teología natural, y filosofía moral ó ética.

En fin, por mis esfuerzos y continuas luchas contra la ignorancia y las viejas preocupaciones de amor propio y de intereses personales, Bacon de Verulamio, Descartes, Locke, Malebranche y Condillac encontraron ya en España paso abierto, y se hicieron comunes en nuestras mismas aulas. Yo estaba bien seguro de que fundado asi el estudio de las bellas letras, no tan solo habria oradores y poetas excelentes, sino, aun lo que es mejor, cabezas bien formadas y dispuestas para todas las ciencias, almas que serian impenetrables al error y la mentira, corazones rectos, virtudes y talentos adecuados, cual yo necesitaba, para hacer lucir el dia grande del reinado y de la pátria. Faltóme el tiempo, ó mas bien me le quitaron, cuando la estacion se acercaba de granar y dar su fruto tanta mies escogida que llegó á tener la España. El vendaval furioso que la traicion de unos pocos atrajo sobre ella descuajó esta esperanza; y aun no obstante, en los trastornos mismos y en los duros azares de la pátria,

fué bien vista la multitud de hombres señalados en ciencias, en costumbres y en vigor de espíritu, que se habian formado en los dias de Cárlos IV.

Volviendo en fin á mi propósito, mencionaré por encima la multitud de libros y escritores que en la misma época de los seis años abundaron, en cuanto á los demas estudios y carreras.

En ciencias, militares y materias de guerra, entre otras muchas obras, fueron hechas comunes y vulgares las siguientes:

El *Arte universal de la guerra*, de Montecuculi.

Las *Máximas é instrucciones del arte militar*, por el marqués de Quincy.

El *Tratado de minas y las tablas para las provisiones de las plazas*, por el mariscal Vauban.

El *del servicio de las tropas ligeras y guerrillas*, por Grandmaison (1).

Un *Diccionario militar*, á cuya publicacion concurren muchos beneméritos oficiales.

*La coleccion de las guerras de Federico II* en veinte y seis planos explicados, traducidos del alemán é ilustrados con notas.

El *Tratado del ataque y defensa de las plazas*, de Leblond.

---

(1) Esta obra, reimpressa y mejorada en 1794, se prodigó y extendió con mucho fruto en las provincias fronterizas con la Francia, durante nuestra guerra con la república.

La obra original del capitán de navío don José Serrano Valdenebro, intitulada *Discursos varios del arte de la guerra* (1).

El tratado de *artillería volante* que don Clemente Peñalosa escribió y me dirigió en 1796, relativo á la organizacion y servicio de aquel arma nuevamente establecida en el ejército (2), etc, etc.

A estas y otras varias obras y tratados especiales, junto con nuestras obras clásicas del marqués de la Mina, del marqués de Santa Cruz, y del teniente coronel don Juan Senen que compendió á este último, hice añadir otros escritos dirigidos á la moral y al patriotismo de los militares, de los cuales he aquí algunos:

*Ensayos políticos, científicos y militares para la juventud española en la carrera de las armas: á*

---

(1) El autor, que trabajó á mis ruegos esta obra, me hizo el honor de dedicármela.

(2) Yo habia logrado introducirla en el año de 1795, mas bien desusada y olvidada entre nosotros, que del todo nueva. La brillante campaña que hicieron nuestras tropas aquel año á las orillas del Fluvia se debió en mucha parte á la artillería de á caballo. Mandada establecer por punto general en el ejército, se añadió de ella una brigada á los ocho escuadrones de las guardias de la real persona. Todo Madrid fué testigo de los vistosos y magníficos alardes y simulacros de guerra que en el año de 1797 se hicieron por los ocho escuadrones de los guardias, por la nueva brigada y por las tropas de infantería y caballería que allí se congregaron á este efecto.

esta obra se añadía un catálogo de las mejores obras concernientes al arte de la guerra.

*El honor español, ó historia del heroismo de la nacion española*, obra larga y de largas miras á que se dió principio en 1796.

*El honor militar*, por don Clemente Peñalosa.

El *Tratado*, en fin, *del esfuerzo bélico heroico*, de nuestro sábio Palacios Rubios, con las notas del padre Morales del Escorial. Esta antigua obra se reimprimió con lujo extraordinario, me suscribí á un gran número de ejemplares, é hice de ellos muchos presentes.

En navegacion y marina son bien conocidas y apreciadas nuestras obras nacionales. En mi tiempo las aumentaron:

Don José Mendoza de los Rios, con su *Tratado de navegacion*, su *Coleccion de tablas para el uso de ella*, y sus *Métodos para calcular la longitud en el mar por las diferencias lunares*, etc.;

Don Francisco Lopez Royo con los suyos *para hallar la misma longitud por las observaciones lunares*;

Don Dionisio Alcalá Galiano con su *Memoria sobre el cálculo de la latitud del lugar por dos alturas del sol*, obra en que previno grandes riesgos que podian ocasionar los principios establecidos por los sábios, y en que les substituyó otros métodos mas seguros;

Don Francisco Ciscar con sus *Reflexiones sobre*